

¡QUE CAROS ESTAN LOS HIJOS!



Pepito García empieza a andar con su taca-taca. Ya ha consumido cantidades fabulosas de papilla y pelargón.

PEPITO García acaba de nacer. El hecho, nada extraordinario, ocurrió un buen día del mes de mayo, hace ya veintiún años. Pepito, compuesto, relimpio y oliendo a colonia, descansa feliz en su canasto de volantes de organdi.

La mamá le mira enternecida y sonríe:

—¡Es tan pequeño!—murmura.

—Si, señora. Pequeño ahora, pero ya verá más adelante...

Efectivamente, Pepito empieza a crecer. Pasan los días, las semanas, los meses y Pepito da de ancho y de largo.

La mamá ya ni le mira tan enternecida ni dice nada sobre su pequeñez. Más bien piensa en las camisetas rotas que el niño ha usado. En los calcetines que necesita. En los pantalones que se han quedado cortos:

—Tengo que llamar a una costurera barata para que me ayude a remendar tanta ropa.

La costurera acude y pasa muchas horas junto a la ventana poniendo zurcidos y piezas en la ropa de Pepito.

Porque Pepito es un destrozón. Apenas puso los pies en el suelo empezó a romper zapatos a

consecuencia de los terribles patadones descargados sobre todas las latas, tarugos o balones que encontró a paso.

La mamá piensa que su hijo va para futbolista.

—Bueno, después de todo es un porvenir.

Y le deja.

Pero Pepito sigue rompiendo zapatos sin provecho alguno.

EL COLEGIO

Llega el momento solemne del colegio. Aquella mañana Pepito estrena todo un equipo. Desde la boina negra, con piquito en el centro, hasta las botas gordas, especiales para colegial. En la espalda cuelga una flamante cartera, con pizarra de lata y pizarrín de mantequilla, un cuaderno de dos rayas y un lápiz de mina fina.

Y empiezan los sufrimientos de mamá.

Todos los días, Pepito vuelve a casa lleno de tinta, un siete en el traje y un desconchón en las botas.

Cada semana, Pepito consume un cuaderno más y un pizarrín. Todos los días, además de restregar las orejas de Pepito en el

VEINTIUN ANOS DE SU EXISTENCIA TRADUCIDOS EN PESETAS

Desde el primer biberón al primer rancho costó a su madre 322.150 PESETAS

baño, hay que hacer lo propio con su ropa.

La mamá, definitivamente, ha dejado de creer que su nene es pequeño y rara vez se enternece al mirarlo.

—¡Destrozón, más que destrozón! ¡No te da vergüenza! Pepito baja la vista y calla. Al día siguiente se oye el mismo monólogo:

—¡Destrozón! ¡No te da vergüenza! ¡Más que destrozón! Pepito vuelve a bajar la vista y sigue callado.

LAS PRIMERAS CUENTAS

La mamá decide entonces anotar todo lo que Pepito representa en dinero. Compra un "block" y aquella misma tarde empiezan las cuentas.

Recuerda la infancia de Pepito... Tanto le costó el Pelargón... Otro tanto los jerseys..., las mantillas..., las capotas..., los biberones.

Pepito, ajeno a la contabilidad materna, sigue pidiendo pan a la hora de la merienda y a todas horas:

—Mamá, tengo hambre. Quiero un bocadillo.

La mamá se lo da, y a continuación apunta:

Dos barras de pan, 0,30.

(No te asustes, lectora; recuerda que esto ocurría en aquella época feliz de antes de la guerra.)

LOS ESTUDIOS Y EL DEPORTE

Luego llega el Bachillerato y, con él, las matriculas, los libros y la primera maquinilla de afilar.

La mamá sigue anotando. El "block" primitivo se ha transformado en una lujosa biblioteca de tomos voluminosos encuadernados en piel azul, con títulos en oro: "¡Pepito!"

Pepito empieza a presumir. Cierta que ahora destroza menos, pero en cambio gasta más en trajes. Necesita uno para clase, otro para salir, otro de sport...

Esto del deporte forma capítulo aparte. A Pepito le dió primero por el fútbol. Se compró unas botas, un pantalón de deportes y una camiseta a rayas. Las rayas mudaban de color al mismo tiempo que Pepito se enfadaba con sus compañeros y cambiaba de club. Pasó el furor del balón y empezó el deseo de convertirse en boxeador. Guantes, nuevo pantalón, ahora de seda; sandalias y, al final, diez días de médico por fractura de la ternilla de la nariz y algunos vasos sanguíneos.

Del boxeo pasamos al patinaje, de allí a la natación, a la pesca submarina y, por último, al póker.

EL DEPORTE DE MAMA

De cuando en cuando, mamá, que gusta de emociones fuertes, lee cualquier tomo atrasado de esta biblioteca de gastos de Pepito.

—¡Ah, la escopeta de aire comprimido! —se oye evocar a la mamá—. ¡Cuánta ilusión tenía por ella! Por cierto que nos costó más de un disgusto. No dejó cristal sano en las ventanas de la vecindad.

La mamá no sabe si reír o enfadarse.

—Y el mecano, el tren eléctrico, el patín, la bici, las vacaciones. Vamos a ver la suma de todo esto... Seis y seis, doce..., y

ocho, veinte, llevo dos... Dos... Total, 22.500 pesetas.

—Total, 22.500 pesetas... Total, 22.500. La cifra resuena en la cabeza de mamá y se va perdiendo luego, como un eco. Mamá se ha desmayado.

LA "MILI"

Diecinueve, veinte, veintiún años.

—¡Pepito, a la "Mili"! Pepito es ya todo un hombre y ha de marchar en servicio de la Patria.

Esta fecha señala en su vida un cambio radical. Lo anterior pertenece a la infancia. Ahora ya el asunto es serio.

También la mamá piensa lo mismo. Pepito, por primera vez, abandona el hogar. Hasta entonces, durante veintiún años, desde que Pepito tomó el primer biberón, Pepito no cesó de costar dinero a sus padres.

Y mamá decide hacer cuentas generales. Saca los tomos de la biblioteca y una tarde se convierte en máquina calculadora. Al llegar la noche, Pepito encuentra junto al plato de la sopa un pliego en el que lee las siguientes cantidades:

PRIMEROS GASTOS DE TU NACIMIENTO

Cuna, coche, ropas, biberones, polvos de talco, pomadas, 5.950 pesetas.

JUEGOS Y ENTRENMIENTOS

Trajes de "cow-boy", de esquimal, de guardia de la porra, tren eléctrico, bicicleta, parchis, raquetas de tenis, vacaciones, 22.500 pesetas.

COMIDA

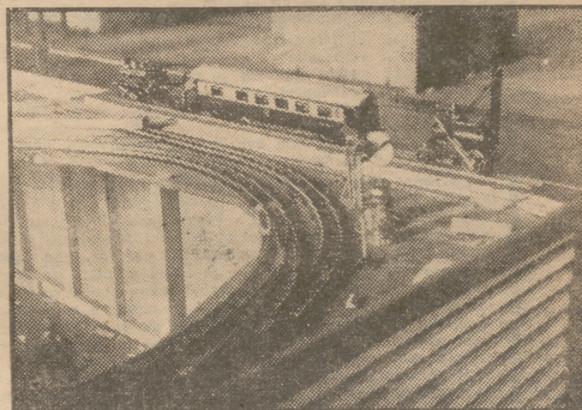
Según las estadísticas, un muchacho de tu edad ha consumido durante su corta vida diez toneladas de alimentos. Esto es, un vagón de ferrocarril lleno. Desde

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 4 DE JUNIO DE 1955



Pepito García tiene verdadera debilidad por los trenes eléctricos. Sus papás se han empeñado para comprarle uno mejor que el del niño de los vecinos del principal.

que tú naciste hasta que cumpliste los doce años, gastaste al mes 750 pesetas. Desde los doce años, tu apetito lo valoré en 1.000 pesetas.

¡Hijito mío! Has devorado en total: 1.100 libras de carne, 1.854 libras de frutas y legumbres, 721 libras de mantequilla, 2.500 huevos y 2.500 litros de leche. Todo esto suma 204.000 pesetas.

LOS ZAPATOS

Pepito pasó de los "peúcos" de lana rosa con chispitas blancas a los botos con tachuelas. Se calcula que su vida se ha deslizado sobre 30 pares de zapatos. Esto, añadido a los gastos de transporte, a las medias sueltas y tacones, a las botas de nieve, a las sandalias y a las alpargatas, da un conjunto de pesetas 22.000.

EL PAN

El pan. Pepito abre unos ojos del tamaño de platos cuando descubre que ha ingerido 3.500 libras de pan. Mira con desprecio unas migajas que reposan sobre el mantel y decide comer menos.

La lista de pasteles y pan especial de emparedados, el suizo del desayuno, el tortell de la merienda, el roscón de Reyes, todo esto junto alcanza la cifra de 18.200 pesetas.

LA HIGIENE
Aquí la mamá de Pepito falla un poco en sus cálculos. ¡Es tan difícil saber cuántas veces fué y vino la ropa de su hijo del lavadero al armario!

Las sábanas, las toallas, los manteles... El uso de esta ropa corresponde a un gasto de 5.000 pesetas. Los carretes de hilo gastados para tapar esos trenidos boquetes con que Pepito adornaba su vestuario, la interminable lista de quitamanchas y botones... suman 11.800 pesetas.

TRAJES Y PEDAGOGIA

Cada factura del sastre que la mamá de Pepito pagaba era cuidadosamente anotada. Ahora, el trabajo se redujo a sumarlas todas. Total 15.000 pesetas. Aparte, ¡claro está!, figuran los impermeables, las gabardinas, los calcetines y el anorak. Unas 1.200 pesetas desaparecieron del bolsillo familiar a cambio de corbatas y pañuelos. El todo arroja la cifra de 22.200 pesetas.

Tres años de enseñanza primaria y siete de Bachillerato se traducen en 4.800 pesetas de gastos de matriculas. Cuenta aparte la foeman el duro de propina de los sábados, las entradas de cine, el billar, las novelas del F. B. I. y el regalo a la primera novia. Total, 9.800 pesetas.

EL TOTAL

Y ahora, mamá, ¡vamos a sumar!

Once mil ochocientas pesetas por gastos de higiene, 9.800 de Pedagogía, 22.200 por vestuario, 27.700 de zapatos, 18.200 de pan, 22.500 de juegos, 204.000 por alimentación. En total, pesetas 322.150.

Pepito salta de la silla y exclama:

—¡Pero... mamá!

¿QUIEN ES PEPITO?

Conviene aclarar, lectora, que Pepito es un niño cualquiera de la clase media. Pepito no puede pensar en lujos excesivos, pero tampoco se conforma con poca cosa. Cierta que si Pepito, en lugar de llamarse Pepito García, se llamara de una manera pomposa y elegante, los gastos de sus veinte años ascenderían a unos miles de pesetas más, pero en este caso, Pepito es sólo Pepito García.

María PURA RAMOS



He aquí parte del pescado ingerido por Pepito García desde que se presentó en este mundo, con tanto apetito como si acabase de hacer un viaje, sin biberón, por el desierto.



Pepito García ha llegado al momento culminante de su vida. Declara su amor a una muchacha, a fin de que haya en el futuro otros Pepitos García consumidores de sopitas y pelargón.

Viaje a una Sala de Fiestas

Las «atracciones»

El sábado pasado les expliqué a ustedes lo que nos hizo llorar en aquella mesa arrinconada la señorita Cuqui. Hoy les voy a explicar lo que sucedió una vez que secamos nuestras lágrimas y olvidamos la orfandad de nuestra amiga, la paradisiaca progresiva de su tío, el "delirium tremens" de su tía, el problema del pago del recibo de la luz, la obligada operación de su hernia y la meningitis de su hermano... La verdad es que nadie reparó en nuestra llantina: todos los demás señores estaban tan acongojados como nosotros... Supongo que las demás señoritas rubias que había en la sala de fiestas contaban las mismas historias que nuestra Cuqui.

Lo que sucedió después de que Cuqui se tomó su veintitantos whisky fue que un señor, subido en la tarima de la orquesta, anunció que iban a aparecer las atracciones. Yo, ingenuo, imaginé que entonces iba a empezar la juerga, pues



hasta aquel momento todo había sido de lo más amargo, empezando por aquel medio litro de agua con una raja de limón y una gota de ginebra que tuve que meterme, casi a la fuerza, entre pecho y espalda.

Las atracciones fueron cuatro.

Primero una muchacha bastante gorda cantó algo así:

¡Hay que ver lo que sufro,
caramba!
¡Hay que ver lo que peno,
caramba!
¡Hay que ver lo que paso,
caramba!
¡Hay que ver lo que duelo,
caramba!

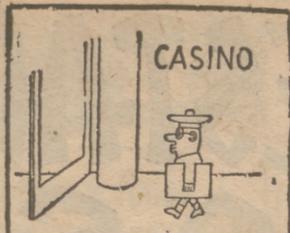
Lo cantó muy sonriente y moviendo mucho los pies, por lo cual su intervención resultó casi regocijante. Lo malo de verdad empezó con el negro. Un negro bastante descolorido, que nos explicó, muy agarrado a un micrófono, que él era un hombre francamente desgraciado. Al parecer, una muchacha sueca—era rubia y blanca—no le hacía ni pizca de caso, y él sufría mucho porque así no había manera de regalarle a la chica una cabaña hecha de hojas de palmera y de aguacates maduros. El problema del negro era de órdago: el negro estaba convencido de que si la sueca no le quería era porque su piel era negra, y él pobre sabía que su piel no había manera de blanquearla. En fin, que lo pasamos francamente mal con aquella cuestión racial. Luego salieron a la pista muchas señoritas que pusieron bastante entusiasmo en darse tropezones unas con otras; no me extrañó que consiguieran su propósito con toda brillantez, porque la pista era como un duro, pero en mayor. Cantaban algo, pero no hubo manera de saber lo que decían; creo que salimos ganando, pues por sus expresiones faciales, la letra de la canción debía de ser tan penosa como la del negro. Y llegó el número final: un caballero que, metiendo un dedo de la mano derecha en una botella, se colocó cabeza abajo en perfecto equilibrio. Yo no sé lo que pudo gustarles a los demás asistentes aquel número; a mí me produjo bastante tristeza... Empecé a pensar en lo dura que era la vida y en el dolor que debía de sentir aquel señor en el dedo introducido en la botella, y de nuevo sentí ganas de llorar.

Afortunadamente, el caballero equilibrista se retiró muy pronto, y, al quedar libre la pista, la señorita Cuqui me dijo: —Vamos a bailar, chato...

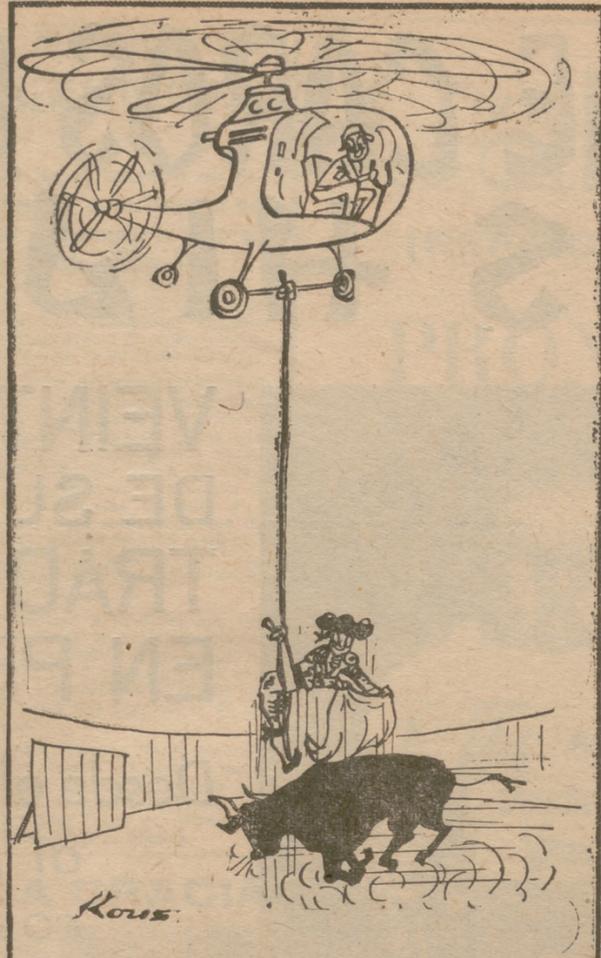
Me quité los zapatos y salté a la pista. La señorita Cuqui era bastante fuerte y todo fue bien... Me llevé de un lado para otro, gastándome a intervalos la broma de soplarle en una oreja... Creo que no fue la broma ésta la que me hizo sentirme mal, sino los sets u ocho whiskys que me había bebido para que no se perdieran. A pesar de todo, si yo volviera a viajar a una sala de fiestas y una señorita rubia pidiera veintitantos whiskys para no beberlos, yo me los tomaría de nuevo... ¿Acaso luego no los iba a tener que pagar?

Interrumpamos el relato. El sábado próximo podré contar el final de la juerga. Que ya tengo ganas, señores... Porque volver a vivir aquella noche de orgía y desenfreno me produce unas neuralgias atroces. De verdad.

Rafael AZCONA



Sin palabras



Nuevo sistema de aprendizaje



—¿Le he dicho que la consulta vale doscientas pesetas!



—Miradio; siempre encuentra una excusa para justificar sus retrasos.



—No te puedo prestar el rodillo. Mi marido tampoco ha llegado...



Sin palabras



—Señorita Catalina, tendrá usted un cero en ducta.



Sin palabras.



—Cita: el lunes, a las 10 y cuarto, 2 grados 30 minutos longitud Este y 45 grados 52 minutos latitud Norte...



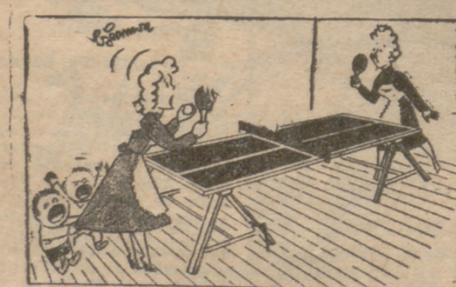
Las hazañas de exploración son cuestión de músculos.



—¡Pues claro que nos comemos! Estuvimos bailando a los juntos en el cabaret "La Azul".



—¡Y que no haya nadie que me vea!



—¡Que horrible es el servicio cuando hay niños en la casa!...



—Me gustaría encontrar al tipo que nos indicó el camino del Estadio de Chamartín...



—¿Entonces mi hija se ha decidido a darle una respuesta?

—No; sigue todavía indecisa.



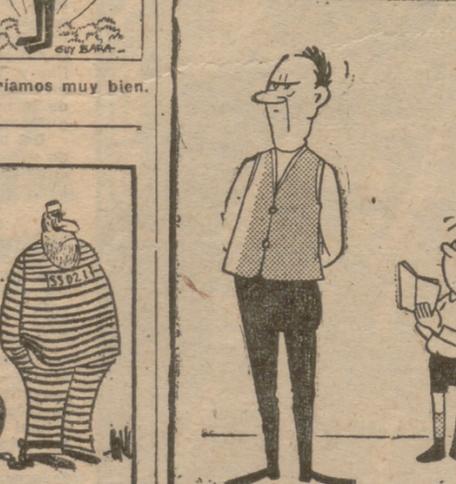
—Ya sabía yo que nos entenderíamos muy bien.



—Este está condenado por triple asesinato...



—En el prospecto de la agencia indican: "Platos regionales".



—Mira, papá, lo que dice esta libreta escolar que acabo de encontrar en el desván: Alumno Pérez, notas finales del curso de Matemáticas: 2... Gramática: 1... Historia: 2... Conducta: 0...

Visión de pesadilla en el zoo de Berlín

DILUVIO DE BOMBAS EN EL ARCA DE NOE

FIERAS ENLOQUECIDAS EN LAS CALLES DE LA CAPITAL DE ALEMANIA

El hombre sabe que él y el planeta que habita, están condenados, inexorablemente, a desaparecer. El Apocalipsis de San Juan nos ha dado una visión bastante tétrica de ese final con caballos que galopan portadores de males, con bestias que surgen, devastadoras, de la tierra; con estrellas que caen del cielo al son de la trompeta que toca un ángel y abren el pozo del abismo; y del pozo del abismo sube el humo de un gran horno que oscurece el sol y el aire y del humo salen langostas a las que se ha dado el poder de destruir la tierra. Y el hombre, que sabe esto, periódicamente organiza un ensayo general que, a fuerza de repetirlo, le va saliendo cada vez más perfecto y, por lo tanto, más parecido al Apocalipsis. En este último ensayo que se ha llamado la gran guerra, los corceles han cabalgado por el cielo más ruidosos que nunca, las estrellas han caído sobre la tierra con un poder de destrucción que no se podía imaginar y la bestia, la bestia apocalíptica que hasta ahora nos era desconocida, también ha hecho su aparición en algún escenario bíblico. Esta última faceta del ensayo general, es la que nos relata, al cabo de doce años el director del zoo de Berlín Lutz Heck en su libro "Mis bestias salvajes", del cual les vamos a dar algunos detalles para que ustedes también disfruten de los encantos de la "mise en escène" que el hombre monta, de vez en cuando, en este gran escenario del mundo.

SUENA LA TROMPETA

A las siete y veinticinco de la tarde del 23 de noviembre de 1943, se recibió una llamada telefónica en el jardín zoológico de Berlín. Zindler, especialista en tigris, recibió el mensaje que era nada menos que de la Central de Defensa Aérea. Se le anunciaba la inminente visita de una formidable formación de aviones de combate que volaban en dirección este. Unos instantes después un horrisono y crepitante diluvio de bombas caía sobre el Arca de Noé que era el zoo berlinés, refugio de más de 4.000 fieras. Animales entre los que figuraban 500 especies diferentes de mamíferos, 1.000 clases distintas de pájaros y reptiles, batracios, insectos... Una concentración de animales de todas clases, muy parecida a la que exhibe nuestro Parque de Fieras del Retiro.

Fue la aventura más trágica y emocionante que vivieron aquellos peligrosos alojados y sus 200 guardianes.

Al señor Lutz Heck le había preocupado desde el comienzo de la guerra, según nos dice en el libro que acaba de publicar, la suerte de sus singulares inquilinos en el caso de un bombardeo aéreo. Le atemorizaba la idea del parque destruido y de los animales enloquecidos vagando por la ciudad. Pensaba, sobre todo, en los elefantes. Todo el mundo sabe que esos enormes paquidermos, cuando son presa del pánico, oscilan cuanto en-

de una ferocidad temible. Son los únicos animales que atacan a sus guardianes sin agradecerles la comida que les suministran, ni los cuidados que les dedican asiduamente. Durante una larga temporada permanecen pacíficos, pero de repente les da un ataque de furor que deja sorprendidos a los más experimentados en ciervos. Como le ocurrió al señor Dettloff, por ejemplo. Este señor era el guardián jefe de los ciervos y hace cinco años,



Una de las espléndidas fieras del zoo—una pantera negra—muere en el bombardeo.

durante uno de los ataques de ira de sus adornados pupilos, murió heroicamente en las astas de un hermoso ejemplar macho. Como un torero cualquiera, pero sin el brillo de los caireles, sin la pupila atónita del sol contemplando la tragedia y sin las notas de un pasodoble subrayando el garbo de la pirueta.

Entre los inquietos y peligrosos huéspedes a cargo del señor Heck figuraban, aparte de leones, tigres, panteras y leopardos, unos animalitos que le preocupaban seriamente. Se trataba de los ciervos. Estos animales de líneas esbeltas y ágiles son, por lo que cuenta el director del zoo,

durante uno de los ataques de ira de sus adornados pupilos, murió heroicamente en las astas de un hermoso ejemplar macho. Como un torero cualquiera, pero sin el brillo de los caireles, sin la pupila atónita del sol contemplando la tragedia y sin las notas de un pasodoble subrayando el garbo de la pirueta.

EL PROLOGO

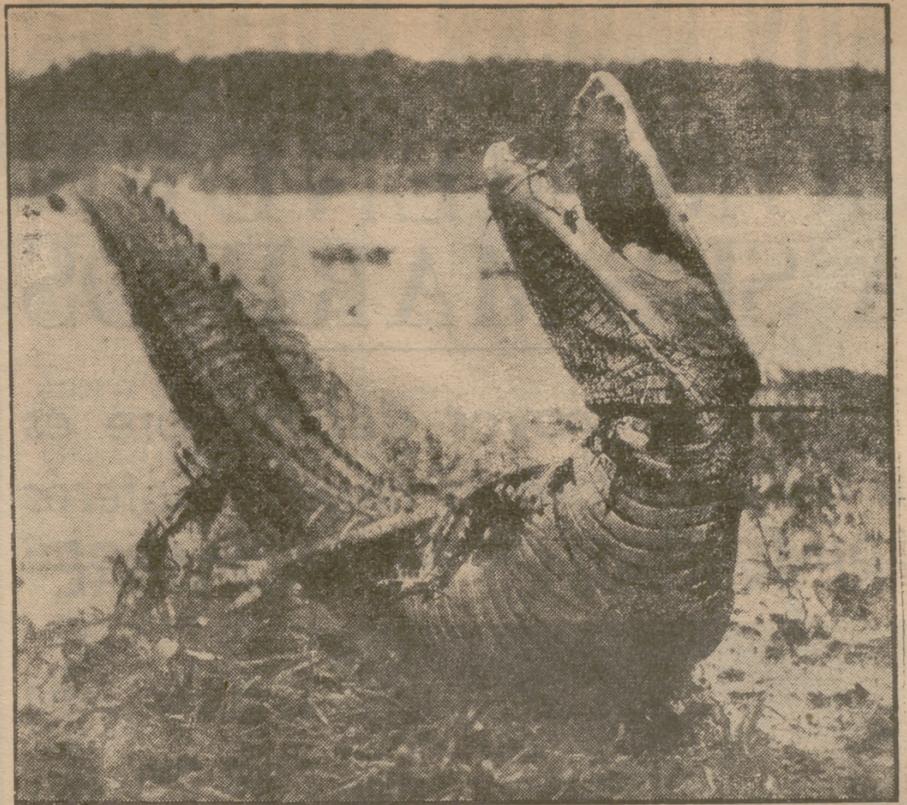
La trágica efeméride de noviembre del 43 que les vamos a relatar seguidamente, tuvo un prólogo, o mejor dicho, dos. Las primeras bombas sobre el zoo de Berlín cayeron en el año 1941. Fueron seis bombas de 250 kilos. Aunque no cayeron directamente sobre las instalaciones

de las bestias, produjeron entre ellas las primeras víctimas; unos antílopes, algún rinoceronte que otro... El segundo ataque le sufrió el parque en agosto de 1943 y este fue incruento. Entre esas dos fechas hubo numerosas alarmas, pero las fieras, aunque ya tenían alguna experiencia de los bombardeos, ni se inmutaban. Como estas alarmas quitaban de su presencia a guardianes y visitantes, aprovechaban la coyuntura para descabezar un sueñecito. Porque tiene que ser muy cansado y aburrido el estar andando continuamente alrededor de la jaula, el rugir, el enseñar las fauces, para dar la apropiada sensación de ferocidad. Dice el señor Heck que cuando comprobaban que las bombas no les causaban daño, acabaron aceptando su horrisono estampido como una nueva delicadeza de su director, que quería darles así una exacta sensación de una tormenta sobre la selva.

LA NOCHE TRAGICA

Nadie en el zoo, ni guardianes ni bestias, podían imaginarse lo que iba a ser la noche del 23 de noviembre de 1943. Cuando se recibió el aviso de que les hemos hablado a ustedes, cada hombre ocupó su puesto. El guardián de los elefantes, Karl Preuss, se dirigió como un rayo a la residencia que querían y le respetaban. Se habían establecido una especie de relaciones rudas pero amistosas, entre los elefantes y él. Preuss tenía vocación de domador, y les había enseñado una serie de habilidades que no se conocían en ningún circo. Es probable que los elefantes le agradeciesen este interés, que les permitía ganarse la vida en un circo si el día de mañana se veían expulsados de aquel paraíso.

Karl tenía la residencia de los elefantes que era una maravilla. Cada ejemplar disponía de un departamento para dormir, con un muelle lecho de paja. Cuando su guardián llegó, los paquidermos no se habían acostado todavía. Los liberó de sus cadenas y recorrió el amplio espacio asegurándose de que los barrotes estaban firmes, de que las puertas permanecían bien cerradas y de que todos tenían su ración de paja fresca. Dedicó unas cariñosas palabras a sus favoritos Jenny y Toni—que eran dos hembras gemelas, y recomendó calma al malhumorado Siam, el monumental y viejo elefante, que agitaba inquieto su trompa, como si venteara la tragedia. Cuando comprobó que todo estaba en orden y empezaban a oírse las detonaciones de la defensa anti-aérea, Karl Preuss, en unión de su hermano Max, ganó el refugio construido al lado de la vivienda de los elefantes. Y seguidamente empezó el horrible concierto de las bombas que caían sobre el Parque. Una explosión imponente les lanzó contra la pared de su refugio. Karl se lanzó fuera, y a sus ojos se ofreció un espectáculo dantesco. Una bomba había hecho explosión en plena mansión de los elefantes. Los barrotes de las jaulas aparecían retorcidos, la tapia de treinta metros que cercaba el recinto se había derrumbado como un castillo de naipes y el bramido de las fieras casi apagaba el ruido de las explosiones. Inda, la pequeña elefante gris que dormía entre las patas de su madre Toni—una de las gemelas—, había desaparecido. Taku, Lindi y Birma eran unas masas sangrientas difíciles de identificar, y el gran Siam corría alocado por el recinto, de-



El cocodrilo se revolcaba en el fango, casi tan libre en su estanque del zoo como en las riberas del Nilo.

Jando tras de sí un reguero de sangre.

El fuego había hecho presa en las instalaciones y los animales que no habían muerto ponían el trágico compás de sus rugidos en aquella noche infernal. Cleo, la más hermosa hembra de orangután que poseía el zoo, y Ora y Bambou, los chimpancés, habían muerto. Los tigres, aun en su jaula, olfateaban la sangre y enseñaban sus colmillos sobre los que temblaba el belfo babeante. Los hipopótamos con sus ojos ser libertados, pero aturdidos, se precipitaron en otra de las inmensas hogueras del Parque y murieron abrasadas. Los inquietos monos ganaron las copas de los árboles que se habían librado del fuego y allí pasaron la noche. El personal del Parque se multiplicaba y con riesgo de sus vidas llevaban a las bestias a los departamentos que aún estaban en pie. Pero lo que respetaron las bombas de la noche del 23, lo destruyeron las que cayeron al día siguiente. El zoo de Berlín se convirtió en un desierto cubierto de cadáveres de bestias que, seguramente, murieron asombradas de aquella tormenta que habían organizado los hombres y que ellos no pudieron imaginar allí en la selva, cuando estaban en contacto con las fuerzas salvajes de la Naturaleza. Las pocas fieras que lograron salvarse de las bombas y huir, fueron después muertas a tiros en las calles de Berlín.

SURGE LA BESTIA

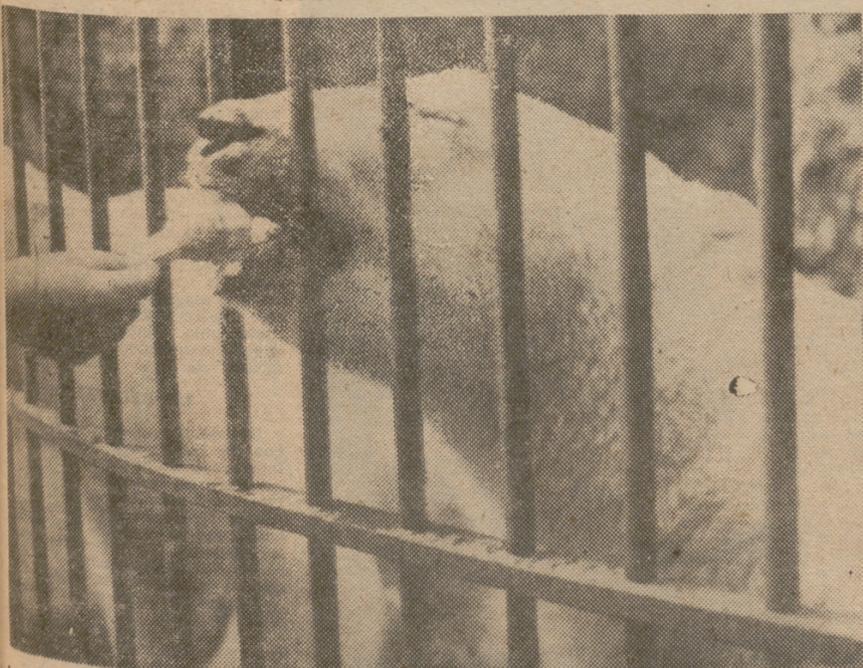
Uno de los episodios más dramáticos de la trágica noche del 23 de noviembre, corrió a cargo de uno de los más distingui-

dos inquilinos del zoo berlinés, el gorila Pongo. Este animalito pesaba 250 kilos y era de una esbeltez que para sí quisiera cualquier galán de película. Pongo logró escapar a la muerte y con sus ojos inyectados de sangre, sus músculos potentes tensos bajo la piel y rugiendo de ira, fue a refugiarse en la vivienda de su guardián Liebetreu. Entró por la cocina y descargó su ira sobre la vajilla que pulverizó de un manotazo. Al ruido, entró madame Liebetreu y al ver plantado en medio de la pieza al fiero visitante se quedó inmovilizada. Pongo la miró con sus ojos pequeños y sanguinolentos. Madame tuvo serenidad y lentamente fue retrocediendo hasta la puerta. En este momento apareció su marido y el gorila se abalanzó sobre él y le derribó. Con sus brazos, el hombre protegía su cuello y su rostro. Una bomba explotó cerca y Pongo saltó su presa. Se lanzó fuera y por unos momentos corrió desorientado por el Parque. Liebetreu le siguió. El cielo seguía vomitando metralla y de pronto el silencio se hizo de nuevo sobre la tierra berlinesa. La apocalíptica noche había terminado. La bestia no tenía ya nada que hacer. Y Liebetreu se enjugó una lágrima al inclinarse sobre el cadáver del animal que durante años, había sido el objetivo de su vida.

Pongo con sus crueles ojos y sus poderosos músculos había desempeñado en el ensayo general de aquella noche de destrucción, el papel de la bestia apocalíptica que, según San Juan, vendrá a flagelar a la tierra cuando sea llegado el fin del mundo.—Gerardo DE NARDIZ.



En los buenos tiempos, el hipopótamo entretenida a sus guardiános.



Los apacibles días del zoo—con visitantes que ofrecen helados a los osos en las tardes de verano—se interrumpieron mágicamente.

MUY POCAS MUJERES COMPRENDEN A SUS MARIDOS

"El interés mayor del hombre es su trabajo. Para la mujer el interés PRINCIPAL ES EL HOMBRE"



Es opinión generalizada que los hombres comprenderían mejor a sus mujeres si sus mujeres se parecieran a las de esta fotografía

El doctor Jung cree que hay que desconfiar de las mujeres de cara angelical, que hablan con voz susurrante

El hombre debe tratar de comprender a su marido y amoldarse a su especial manera de ser, ya que está psicológicamente mejor dotada que el hombre para esta comprensión. Y esta adaptación, es absolutamente precisa para la paz y la armonía conyugales. Las mujeres casadas raramente se hacen cargo de la amplísima órbita de intereses y preocupaciones en la que se mueve su marido, es una tupidísima red capaz de destruir los nervios más templados, y de la que solamente la comprensión femenina puede recomfortar plenamente. Un hombre, después de una jornada dedicada al trabajo, muchísimas veces en un ambiente totalmente hostil; teniendo que ser cortés con una infinidad de personas de las cuales no le importa ninguna, regresa al hogar con el deseo contenido de darle de puñetazos al primero que le saiga al paso y allí no podemos someterle a la nueva tortura de emplear con su esposa una larga serie de cortesías y delicadezas para las que no está bien dispuesto psicológicamente.

LA VANIDAD DE LOS HOMBRES

Al tratar de dar consejos eficaces a las mujeres casadas, Jung hace un detenido estudio de una de las cualidades masculinas que hay que saber tratar con más inteligente cuidado: la vanidad.

—El hombre—advierte Jung— vive pendiente de su prestigio, y fácilmente se consigue crear situaciones verdaderamente difíciles si la esposa hiere consciente o inconscientemente esta faceta de su carácter.

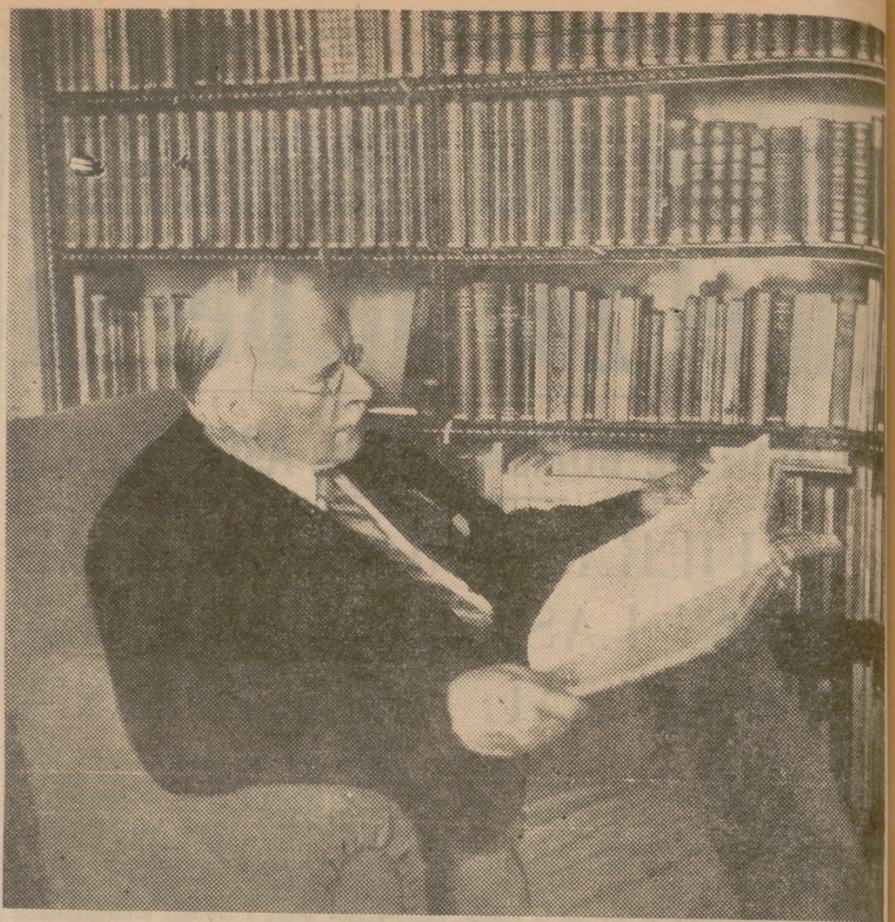
—Muchos hombres se indignan fácilmente con su esposa si ella se empeña en hacer patente que es suya la solución o la idea que él hubiese querido pensar por cuenta propia. La vanidad del hombre llega a casos grotescos, porque está lleno de prejuicios, de los que carece generalmente la mujer. Los hombres están siempre dispuestos a resentirse por la más pequeña interferencia en su manera de pensar o en sus convicciones íntimas. Sobre todo cuando estas interferencias concierne a su prestigio masculino, que ellos quieren salvaguardar, incluso cuando no está amenazado.

EL MIEDO

—Las esposas deben tener un talento especialmente bien dotado para analizar el momento psicológico del hombre. Todas las mujeres saben las raras preocupaciones que afectan a su marido: temor a las enfermedades, preocupaciones financieras, disgustos comerciales, etc., etc., pero el peligro mayor está en un monstruo que les atemoriza con mucha más frecuencia de lo que todos suponen: el miedo.

Y añade Jung, basándose en la experiencia de millares de consultas:

—Pocas veces los hombres tienen el valor de ser sinceros en este sentido. Pocas veces el hombre declara abiertamente sus temores —y añade luego cambiando de tema—: Los hombres raramente son responsables de las desavenencias conyugales, el hombre es casi absolutamente incapaz de comprender a las mujeres, y las mujeres no deben lamentarse por ello; estas lamentaciones son motivo de muchos disgustos en el hogar. Es la mu-



Carl Gustav Jung en su estudio. Jung es uno de los fundadores del psicoanálisis, con Freud y Adler.

mor depende la marcha financiera de la familia. Entre uno y otro hay la diferencia de que la mujer vive en terreno "propio", en el que se mueve como verdadera reina y dictadora, sin tener que reprimir los impulsos, y el hombre vive en un medio en el que necesariamente ha de estar en constante estado de vigilancia de sí mismo, siempre con su vanidad a flor de piel, pronta a sublevarse al menor contacto peligroso con el medio.

LAS SECRETARIAS

—La incapacidad de muchas esposas para hacerse cargo de las preocupaciones de sus maridos hace que en ocasiones éstos se sientan más y mejor comprendidos por sus secretarías—sonríe aquí el famoso psicólogo, y dice—: Siento alarmar con estas declaraciones a muchas mujeres.

—Verdaderamente, es alarmante la cantidad de ignorancia sobre los asuntos que preocupan a su esposo, que caben dentro de la cabeza de algunas mujeres. Existen esposas de eminentes arqueólogos que sienten un desprecio absoluto hacia las viejas civilizaciones primitivas que apasionan a su marido, y esposas de eminentes políticos que jamás escucharon un discurso de su marido y a las que tienen absolutamente sin cuidado los problemas sociales que constituyen la preocupación máxima de su esposo, preocupaciones éstas que están muy cerca del campo de atención de sus secretarías y de sus alumnos o ayudantes del sexo femenino.

CONSEJOS A LOS HOMBRES

—La razón de la mejor adaptabilidad de la mujer en el campo de la cordialidad matrimonial se debe, sin duda, a que ésta tiene mucho más tiempo para pensar en sí misma y en cuanto ocurre en torno suyo, y conociendo la causa está más pronta a poner-

le remedio. Además la mujer es más humilde, comprende cuándo se ha equivocado y es capaz de rectificar porque no se le impide la enorme vanidad que dificulta la rectificación de conducta en el hombre.

—La mejor distribución del tiempo en las tareas domésticas y los muchos inventos en el campo de las artes domésticas han conseguido que la mujer tenga más tiempo para ocuparse de sí mismas; esto entraña un grave peligro en cierto tipo de naturaleza, y es que tienen más tiempo a su disposición... para complicarse la vida complicándose al marido.

Y aquí vienen los consejos a los hombres.

—Las mujeres, desde muy antiguo, constituyen un objeto de estudio para el hombre, que se empeña en verlas como sexo débil, sin darse cuenta de que en casi todos los casos son mucho más duras y firmes que el hombre. Más que nada, hay que desconfiar de los tipos de cara angelical, que hablan con voz susurrante: son las más duras de todas, sin lugar a dudas.

—La máxima prudencia—signo luego Jung— se precisa cuando la mujer tiene una apariencia tranquila; con ella hay que estar preparado para todo. Un viejo proverbio dice: "Las aguas quietas derrumban los puentes". Esto es particularmente cierto cuando se trata de mujeres quietas: son como el agua taladrante. Comprendo que esta afirmación mía parece moteada de cierto sabor malicioso; pero yo sé muy bien que las mayores sorpresas nos las depara este tipo femenino.

¿Y LAS CHARLATANAS?

—Otro tipo que puede deparar sorpresas en determinado grupo de mujeres ya muy preparadas es la charlatana. En ocasiones, sus palabras son sólo una máscara. Muchas personas ha-

blan demasiado para no discutir puntos esenciales; claro, que entre las charlatanas hay un buen grupo que son nada más que mujeres que piensan poco.

—Las mujeres de apariencia más bien abundante (demasiado altas, demasiado gruesas, demasiado guapas) son generalmente personas muy gentiles y de buen corazón."

EL JUEGO ETERNO

—La mujer, por naturaleza, tiende a conservar al hombre, mientras el hombre tiende siempre a escapar de cuantas mujeres le preparan trampas y redes. Al hombre le encanta el juego, pero como los animales velozes, cuando está ya cerca del peligro se salva con la fuga.

Y siguiendo con el tema de esta particularísima caza; a la mujer le atrae especialmente al hombre que ninguna otra mujer ha podido conquistar. Conquistar a un hombre que cualquier otra mujer podía haber conquistado no tiene ni gracia ni mérito ninguno. Una vez que la mujer ha logrado apoderarse de la atención del varón lo "ata" con mano dura y procura asegurarse de que no hay ninguna otra mujer que amenace con su cercana atención. Esto es completamente natural, puesto que la naturaleza masculina se inclina a cortejar continuamente a las mujeres, lo más cerca posible, y con el ánimo pronto a la huida cuando amenaza peligro.

IMPORTANCIA DE LA "TENSION"

Resulta sumamente interesante la teoría del profesor Jung respecto a lo que él llama "tensión" en la vida matrimonial, que él explica de la siguiente forma:

—Cuando una mujer ama a un hombre se entrega totalmente a él; una armonía sentimental se establece entre ambos. Si esta armonía no existe, un desequilibrio entre ambos hace incómodo el ambiente y da lugar a delicados litigios. Pero—aquí está lo significativo de la teoría—la armonía no significa una insulsa placidez carente de vida. Al contrario, en la vida cotidiana debe siempre de prevalecer una cierta "tensión" que avive la atracción de uno hacia otro. Esta "tensión" la considero de máxima importancia en la vida conyugal.

Para abundar sobre esta teoría, el profesor Jung relata la historia de un matrimonio joven que acudió a su consulta:

—Parecían hechos el uno para el otro; yo me di cuenta de que el problema estaba en que estaban demasiado "adaptados", haciendo imposible que entre ambos existiese esa "tensión" que vitalizase las relaciones del matrimonio, dándole lo que en español llamaríamos la "sal y pimienta" del trato cotidiano.

LA BELLEZA FISICA

Respecto a los atractivos físicos de hombres y mujeres, el famoso psicólogo ha dicho:

—Para mí, una mujer excesivamente bella representa una verdadera fuente de terror. En general, son las más desilusionantes de todas. No es posible conservar por mucho tiempo el ideal que su apariencia nos sugiere.

Y hablando luego de los hombres atractivos, añade: —En los hombres, raramente van unidas la belleza y la inteligencia. El cerebro de un hombre muy atractivo se me antoja muy poco más que una especie de callosidad sin importancia.



Frente a las opiniones del doctor Jung hay quien sostiene que el mejor argumento para la buena armonía conyugal consiste en una señora lo más parecida a ésta

DICTADOS DE LA MODA PARA LAS MAMAS JOVENES

Los grandes creadores de modas han dibujado varios modelos para usted

Debéis tener tres o cuatro "mariniere" para no dar la impresión de que vais todos los días de uniforme

En París existen casas de modas especializadas en modelos bonitos para la "cigüeña". Cuatro veces al año—invierno, primavera, verano y otoño—pasan su colección en las que las mamás jo-

—¿Esperas otro bebé?
—Algunas mujeres—dice el señor Pasquier—eligen su "mariniere" como si fuese una bata de uniforme, sin ningún entusiasmo y sin afinar en la elección su

nerse en cuenta a la hora de elegir los colores, con preferencia en la gama de los suaves tonos pastel, los azules discretos y, más que nada, esos tonos beige que en la temporada actual tie-

quedan antes de llegar la definitiva furia veraniega. Como podéis ver, son cuatro modelos llenos de gracia y buen gusto, y ninguna de las mamás-modelo ha perdido su alegre coquetería y su



En algodón rosa a cuadros, los grandes bolsillos disimulan graciosamente la línea. El escote redondo es muy favorecedor, y el "mariniere" va abotonado a la espalda



Muy práctico, en shantung azul claro, pilsado también en la espalda, con pequeños botones de mismo diseño, guantes blancos cortos y pendientes grandes, también blancos



Inspirado en las túnicas chinas, en grueso algodón que arme bien, confeccionado en color discreto y con una elegancia de unos botones de diseño original



En popelín estampado azul y blanco, con bieses y botones en alegre contraste color cereza. Los mismos bieses rematan las sisas y alegran con un lacito los bolsillos fruncidos

vencillas encuentran modelos sencillos y elegantes donde elegir; pero es precisamente en este mes cuando la moda para las mamás presenta sus mayores aciertos y novedades a través del Salón de la Infancia, al que acuden con sus creaciones los diseñadores más especializados de la nación vecina.

Uno de estos simpáticos especialistas es M. J. du Pasquier, que aconseja a las señoras adaptar siempre sus trajes a las circunstancias que atraviesa, siendo una de las más delicadas, naturalmente, la de la maternidad.

—Se hace imprescindible la "mariniere"—nombrecito que se da en Francia a esos graciosos chaquetoncitos que obligan a las amigas a preguntar:

buen gusto. Esta es una equivocación grave. La prenda es la más digna de cuantas puede ponerse la mujer, y debe llevarse con la serena alegría que todas las madres llevan en el corazón en esos momentos.

—Al probaros el "mariniere" poned especial atención en el largo del mismo, tan poco favorecedores resultan los que pegan por exceso como los que no aciertan por defecto. Son encantadores con graciosos cuellos altos que recuerden los kimonos de los chinos y muy favorecedores con escotes redondos que nunca deben de ser en esta ocasión muy exagerados. La discreción debe de ser la norma de toda mujer en estas ocasiones, discreción que debe te-

nen tantas variantes. Si sois aficionadas al sol y estáis bastante morenas, estos tonos tostados os favorecerán muchísimo.

—Debéis tener tres o cuatro "mariniere" con el fin de no dar la impresión de que lleváis siempre puesto vuestro uniforme de cigüeña.

—Procurar llevar en estos meses el pelo corto, que os resultará más cómodo, o graciosamente recogido en algún moño o trenza bonito, que también están muy de moda esta temporada.

Para ilustrar estas líneas publicamos en esta misma página cuatro graciosos modelos para mamá joven. Dos de ellos muy veraniegos, y los otros dos pueden servirlos de chaquetoncito en las noches frescas que todavía

simpático buen humor para lucir la mejor sonrisa e incluso esos divertidos pendientes largos, de novedad, que tanto favorecen en los atuendos veraniegos.



Modelos de peinados de "Ana Bolena", exclusivos para PUEBLO

LA SEÑORA PRATT CEDE DURANTE TREINTA MINUTOS EL CORAZON A SU HIJA

«No tengo miedo. Quiero compartir con ella la posibilidad de vivir o morir. Millares de madres esperarían el mismo milagro que yo»



La señora Pratt y su hija Wendy sonríen llenas de esperanza. Los milagros de la cirugía moderna quizá hagan posible la salvación de esta pequeña, que nuevamente dependerá del corazón de su madre durante treinta minutos

UNA madre va a jugarse a cara o cruz la vida por salvar la de su hija. Va a prestar su corazón y sus pulmones a su hija, mientras los cirujanos realizan una operación nunca jamás realizada en Inglaterra. Cuando Wendy nació, el médico aseguró que la niña nunca sería normal, ni siquiera llegaría a la adolescencia. Uno de los orificios que antes de su nacimiento unía su corazón con el de su madre permanecía abierto.

Han pasado ocho años y Wendy se ha transformado en una chiquilla rubia y encantadora. Sin embargo, las tres cuartas partes de su vida han transcurrido entre hospitales. Sus días están amena-

zados. Un cirujano inglés, con el consentimiento del señor Pratt, padre de la niña, ha decidido intentar la experiencia milagrosa. Se trata de coser sobre el corazón de la niña un trozo de tejido vivo. Para ello, es necesario detener su corazón durante media hora. Estos treinta minutos la niña vivirá del flujo y reflujo de la sangre extraída del corazón de su madre. El porcentaje de posibilidades de éxito es del 50 por 100. La operación es peligrosísima, pero no existe alternativa. Si no se opera a la niña no tardará mucho en morir. Si, por el contrario, la operación es un éxito, Wendy podrá vivir una vida normal y la cieñela habrá dado un paso más. La señora Pratt pensó:

"Wendy y yo sabemos lo que hacemos. No tenemos miedo. Comparto con mi hija la posibilidad de vivir o morir. Estoy segura que millares de madres lo harían de igual modo que yo en situación semejante."

En cuanto al señor Pratt, antes de firmar el pliego de descargo que le pedía el cirujano, resolvió un terrible problema de conciencia: ¿Tenía derecho a poner la vida de su mujer en peligro para salvar la de la niña? La señora Pratt respondió afirmativamente: "Ahora—dijo el señor Pratt—yo rezaré y agradeceré a Dios haberme dado una esposa verdadera madre ejemplar y la más hermosa mujer."

DE MUJER A MUJER



Para los días frescos, que todavía no nos han abandonado, Emanuel ha creado este traje de chaqueta gris, ribeteado de trencilla negra.

CONTESTACION

Bondad inmensa la suya, pregon de ese corazón hermoso y dulce que usted posee. Triste es el caso de esa pequeña, pero comprenderlo en toda su magnitud es privilegio de almas nobles como la suya. La obra que desea hacer no es bella, sino sublime y la ánimo a llevarla a cabo, porque habrá de encontrar la recompensa en la satisfacción de su conciencia. No dejo de reconocer, no obstante, que son muy acertadas las objeciones de su esposo. La ley de herencia es ineludible en muchos casos. Pero, pese a admitir esto, prevalece en mí la convicción de que una educación sana e inteligente puede destruir lo instintivo, o mejor dicho, aprisionarlo entre las rejas de unos hábitos y enseñanzas que no les permitan salir a la superficie jamás. Ustedes, de concederles la autoridad, la tutela de esa niña, podrían escribir al señor párroco del pueblo donde vivía pidiéndole los antecedentes de los padres, y con conocimiento de los mismos no les será difícil sortear los peligros.

Estoy convencida de que después de lo sufrido por ese angelito del buen Dios habrán de encontrar en ella una gratitud sin límites cuando le prodigan sus cuidados y ternura. Ella les devolverá con creces el amor recibido, el que le hayan devuelto una infancia que le robaron manos impías, y cuando sean ancianos, sentirán el calor de unos besos filiales, brindándoles compañía cuando la soledad les amenace cruelmente.

Conseguiré, no lo dudo, de su esposo, un permiso sin reservas, cuando por fin, dulcemente, le diga que es bello tener hijos, desdoblarse en ellos que son retoños de la propia sangre, pero lo es también vi-

vir en aquellos que fueron brote del alma, a quienes se dió la vida del espíritu con la savia del corazón.

CONTESTACION A NENUFAR:

Cuánto siento que por esa falta de mi colaboración en PUEBLO durante las primeras semanas de octubre no recibiera usted la respuesta a su pregunta. Le ruego me disculpe, pues fue algo involuntario.

Le explicaré seguidamente muy gustosa los cuidados que hay que otorgar a los párpados hinchados, pero le advierto que es un tratamiento de belleza, nada que pretenda tener ribetes de experimento medicinal. ¿Comprende? Cuando con ellos no se consigue nada, preciso es recurrir al médico para que él busque la causa de la hinchazón en alguna anomalía del organismo.

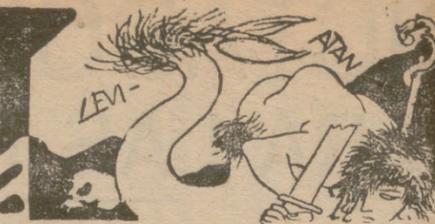
Prepare una infusión consistente en agua en la que hayan hervido por espacio de diez minutos flores de naranjo secadas al aire. Agregue a la infusión un trocito de cáscara de naranja y una pizca de azúcar. Con un poco de tarlatana, entre dos hojas de la cual habrá introducido algodón en rama, haga una especie de compresa, que sumergirá en la infusión citada, y templadita se aplicará en los párpados, dejándola un buen rato en contacto con ellos. Aplíquese dos veces al día ese fomento.

Cuando llegue la época del pepino, diariamente forme con este fruto, fresco, rayado e introducido en dos hojas de tarlatana también, una cataplasma y se la coloca en los párpados durante diez o quince minutos. Le será muy útil.

Dirigida las consultas a Nuria María. Apartado de Correos 12.141. Madrid.



LA MARCA DE KANE



—¡Basta, basta!—grito—. Levanten las manos, y usted también, muchacha. Vengan hacia aquí.

Los tres obedecieron. Jennings les miró, y en su rostro, moreno y apergaminado, había una expresión de cólera y asombro al mismo tiempo. Sus ojos se posaron en los tres intrusos y luego en la pila de cajas, e inmediatamente se estrecharon.

—¿Qué están ustedes haciendo aquí?

—Metieron la nariz en el garaje poco antes de que usted viniera—repuso Fenton.

Leander Miles, que había cacheado rápidamente a los dos hombres en busca de armas, dió un manotazo a Garfield en el mentón.

—Seguramente conoces a éste, Steve.

Jennings miró a Garfield a la manera de un profesor corto de vista.

—Naturalmente. Es Garfield. Es la segunda vez que lo encontramos esta noche merodeando por donde no debe. Se toma usted un gran interés por mis asuntos, Garfield.

—Ya es tiempo de que aigulen lo haga—replicó Garfield.

Jennings sonrió con amargura.

—Y usted... ¿quién es usted?—dijo, dirigiéndose a Randall.

—Mohamed Ali, descendiente del muy sagrado profeta de Alá.

Jennings le miró fijamente.

—Un humorista, ¿eh? Pues no me gustan los humoristas—se volvió hacia Patricia—. ¿Y usted?

—No es usted la señorita Harding?

—Conoce a la Prince—dijo Miles.

—¡Ah, sí! La amiga de Cora Prince. Todo esto es muy lamentable. Debemos pensar y actuar rápidamente—se volvió hacia Fenton—. Trae cuerda. Encontrarás un rollo en la oficina. Rápido. Hemos de actuar a toda prisa esta noche—Fenton salió corriendo, y Jennings se volvió de nuevo hacia sus prisioneros—. Supongo que si yo pregunto cómo y por qué están ustedes aquí, no se me darán respuestas humorísticas.

—No pregunte—replicó Randall—. Mi lengua está muda.

—No diremos nada, Jennings—añadió Garfield.

—Excepto que el que estamos aquí no tiene nada que ver con Cora Prince—dijo a su vez Patricia.

Jennings reflexionaba mientras les miraba como los ojos penetrantes.

—No lo creo, señorita—contestó. Y después de una pausa, añadió:—Los tres me han creado un problema, un urgente y difícil problema. Estoy buscando con el mayor ahínco una resolución que no sea inatrasable a ustedes. Pero es muy difícil hablar. Muy difícil, ciertamente.

—Claro que lo es. Resulta algo imposible—opinó Miles—. El dilema está entre ellos o nosotros, Steve—sacó una diminuta pistola automática de un bolsillo interior—. Déjame a mí. No tenemos tiempo que perder—sus bellos ojos brillaron a la luz de la lámpara, y su agradable voz adquirió un tono anhelante—. Además, será un verdadero placer para mí.

Jennings apoyó una mano en el brazo del joven para contenerle.

—No, Lee. Ese no es el mejor camino. Ocurra lo que ocurra, aquí no deben encontrarse cuerpos perforados por una bala.

—Se verá usted en un gran aprieto después de que hayan dado muerte al representante del "Daily Post"—afirmó Randall.

—Ve que el miedo a morir ha soltado su lengua—dijo Jennings, mientras sus ojos parecían luces encendidas detrás de una calavera de color cobrizo—. ¿De modo que es usted periodista? Bien, bien. Pertenece usted a una especie muy peligrosa.

—Muy peligrosa para que usted lidie con ella, Jennings—exclamó Randall, hablando con voz aguda y excitada—. La Prensa tiene dientes y también posee un desagradable ladrillo.

Jennings dejó escapar una precisa carcajada.

—Amigo mío, he estado mezclado en bastantes

juegos como éste y conozco exactamente el poder, así como las limitaciones, de la Prensa—se volvió a Fenton, que había regresado trayendo la cuerda—. ¡Atales bien—ordenó el hombre—. Las manos detrás de la espalda. Ayúdalo, Lee. No tenemos tiempo que perder. Hemos de hacer muchas cosas esta noche.

Las manos de los tres prisioneros fueron atadas hábil y eficazmente detrás de su espalda. Luego les condujeron a lo largo del corredor que unía las bodegas de ambas casas. Se trataba de un túnel con las paredes de tierra sin revestir, y parecía haber sido abierto recientemente. La tierra rezumaba agua, y en algunas partes de la bóveda estaba sostenida por vigas de madera.

Mientras les conducían por el túnel, Jennings se les dirigió en tono preciso, como un maestro que hablara a sus alumnos.

—Los tres están locos. ¿Qué les ha hecho me-

—Pues yo estoy seguro de que el señor Kane no tiene el menor deseo de verle a usted, señor Mohamed Ali—repuso Jennings con una siniestra sonrisa.

El túnel conducía a las bodegas de la casa vecina, y la entrada estaba disimulada por medio de una pared falsa de ladrillos. Los tres fueron conducidos a una bodega más pequeña, con acceso a uno de los pasillos que ponían en comunicación una bodega con otra. Estaba relativamente limpia y quedaba cerrada mediante una gruesa puerta de roble, en la parte exterior de la cual se veían grandes cerrojos de hierro.

—Aquí estarán ustedes seguros durante algún tiempo—dijo Jennings, el cual hizo una pausa para mirar fijamente a Patricia—. ¿Está usted segura, señorita Harding, de que no quiere decir por qué ha venido aquí? ¿Le ha contado alguna cosa Cora Prince? Debe de haberlo hecho.

se encuentran en la bodega deben ser cargadas en el camión dentro de dos horas y tienen que estar listas para marchar. Lee, ve a buscar a la Prince. Hemos de llevarla con nosotros. Puede que no nos haya hecho traición, pero no podemos correr ningún riesgo.

Los cerrojos fueron corridos, la voz de Jennings dejó de oírse y los tres prisioneros quedaron en la más completa oscuridad.

—Bien, aquí estamos—dijo Randall, después de una pausa—. En buen enredo nos hemos metido, ¡Diablos, tengo los brazos dormidos!

—Aquí hay una maleta o algo por el estilo—murmuró Garfield—. ¿Quieres sentarte, Pat?

—Sí, si te encuentro—Patricia caminó en la oscuridad—. ¡Oh, aquí estás!—la joven se sentó—. ¡Qué incómodo es tener las manos atadas. Una quiere rascarse la cara y no le es posible.

La joven lanzó una breve e insegura carcajada.

—Te muestras muy animosa, Pat—dijo Garfield—. Pero ¿por qué, en el nombre del cielo, se te ocurrió la idea de venir?

—Se conoce que estaba decretado por el Destino. Pero no hablemos de eso ahora. ¿Cuánto tiempo creen ustedes que nos tendrán aquí?

—Espero que hasta mañana. Tienen que hacer su trabajo antes de preocuparse de nosotros.

—¿Cree usted que saldremos con vida de ésta?

—preguntó Randall—. Son una pandilla de asesinos.

—Jennings no parecía muy entusiasmado cuando Miles le sugirió la idea de una ejecución en masa—contestó Garfield.

—Yo soy el responsable de todo—murmuró Randall, con acento de remordimiento—. Usted no querrá que les atacáramos, ¿verdad, Garfield? Y si por lo menos usted, Pat, hubiera ido a buscar a la Policía cuando él lo sugirió... Los dioses no están de nuestra parte esta noche.

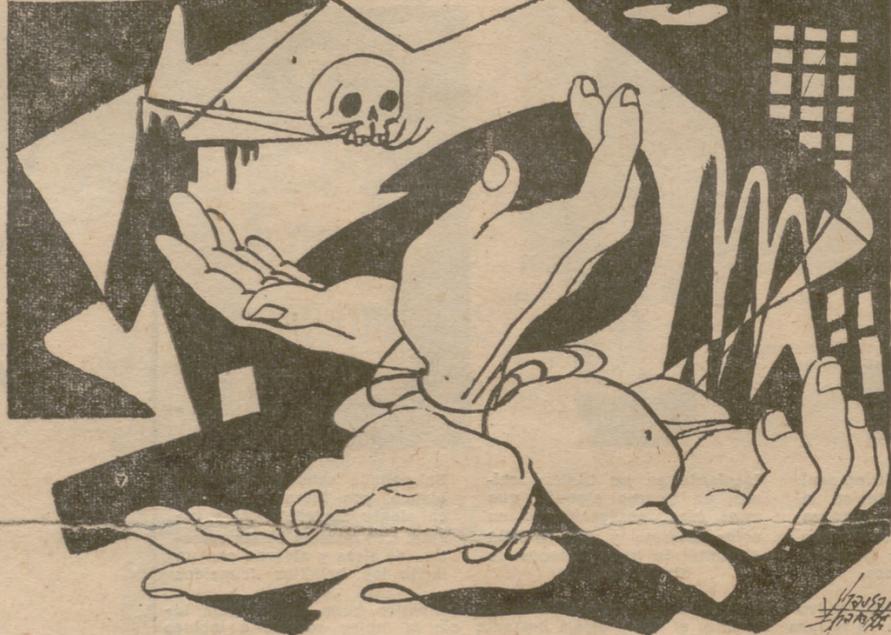
—La noche no ha terminado aún—replicó Garfield.

—¡Y vaya una noche!—exclamó Randall, moviéndose intranquilo por la oscuridad—. Jamás había conocido una negrura como ésta. Se filtra hasta mi misma alma. La próxima vez será usted el que asuma el mando. Usted es un hombre de experiencia. En el supuesto, claro, de que vivamos para otra vez.

—Cálese, Randall—pidió Garfield—. No nos deprima más. Aunque Pat no parece estarlo.

—No, Y ¿sabe por qué? Porque su señorita está acostumbrada a la negrura. ¿No sabe usted que ha padecido tormento en las bestiales manos de la Gestapo?

—No, no lo sabía—repuso Garfield, sorprendido—. ¿Es cierto eso, Pat?



—No, no me ha contado nada—replicó Patricia—. Lo que ocurre es que yo estaba con ella y con Robin "el Murciélago" cuando vinieron aquí, la otra noche, y sentí una gran curiosidad sobre estas bodegas. Pero Cora no sabe nada de todo esto.

Jennings le dirigió una intensa y escrutadora mirada.

—¿Y por qué sintió usted curiosidad por las bodegas? ¿Por qué exactamente?

—Por la actitud de la vieja—repuso Patricia.

—¿Y no notó la señorita Prince tal actitud?

—Estaba demasiado preocupada para darse cuenta de nada.

—¡Hum! Lo dudo, lo dudo.

—¿Es que no van a dejarnos libres las manos?

—preguntó Garfield.

—De ningún modo. No tengo confianza en ustedes—hizo un movimiento para dirigirse a la puerta—. Ya les haré saber más tarde lo que haya de ser de ustedes—antes de que cerraran la puerta le oyeron dar unas cuantas rápidas y precisas órdenes—. Fenton, vaya usted a buscar inmediatamente a Dobson, Smith y Newman. Todas las cajas que

terse en nuestras cosas y venir aquí a curiosear? ¿No ha recibido usted esta noche ya las suficientes advertencias, Garfield?

—Quizá su niño bonito no haya sido bastante convincente—replicó Garfield.

—¡Basta de bromas!—gritó Leander Miles, dándole un puntapié.

Garfield se volvió con gesto amenazador, pero lo pensó mejor. ¿Qué podía hacer él con las manos atadas, teniendo detrás a Miles, que le apuntaba a la nuca con una pistola?

—Y usted, señorita Harding—prosiguió Jennings—, quizá nos diga lo que ha ocurrido para que se encuentre usted junto con estos dos desesperados.

—Dígame primero lo que piensa hacer usted con nosotros—contestó Patricia.

—Le diré, para ser franco con usted, que no me es posible contestar a esa pregunta hasta que no haya hablado con una autoridad más alta que yo—replicó Jennings.

—Con Kane, ¿verdad?—dijo Randall—. Dígame, dígame a ese loco de Kane que tenemos muchas ganas de verle.

LABRA. — Circunstancias propicias nos han permitido seguir la obra de este artista tan sinceramente entregado a la pintura. Recordamos haber visto de Labra una bella colección de cuadros que expuso para un grupo de amigos en su alto estudio de La Coruña muy cerca del mar. Junto a los lienzos vimos esos apuntes, bocetos y estudios que tanto ayudan para conocer propósitos y voluntades. La exposición, en su casi totalidad, estaba dedicada al abstractismo. Recordamos que parte de su apartamiento de lo figurativo obedecía a un impulso de pureza religiosa. Deseaba conseguir la expresión mística con un supremo pensamiento de línea y color en libertad. La honda sensibilidad de Labra daba a sus concepciones esas características que tanto perseguía; aunque su espíritu no se hallaba satisfecho. ¿Por qué?

Ha pasado el tiempo, y ahora, en la sala del Ateneo, ha hecho una manifestación de su última obra. Si entonces Labra pasó a formar en la lista íntima de nuestras preferencias con esta exposición, ocupa en ellas un lugar muy destacado. Su producción expuesta denota el esfuerzo, la seriedad, la profunda hon-

noer lo definitivo, pues así se puede advertir hasta qué punto y hasta qué como el pintor ha recogido, trémulo, el gesto del hombre o el gesto del paisaje, y de ese temblor ha salido después la bella teoría de un nuevo horizonte de España, que era precisamente el más viejo que teníamos.

ESTHER BOIX.—Estamos ante una pintora que en sus lienzos explica su dolor y placer de pintar. En mano de mujer no es frecuente hallar señal de sufrimiento creacional en sus obras. Siempre es lo imitativo lo que predomina cuando el resultado —en el mejor de los casos— se hace estimable. Por eso esta exposición, abierta, con imperfecciones, ciertas, fáciles de ocultar pero puestas al descubierto con la bella ingenuidad de que tiene que hacer gala el pintor que se acerca de verdad a la Pintura nos ha satisfecho. En Esther Boix existe una pintora con buena raíz, con auténtica marca plástica que no ha llegado—para la buena fortuna de un pintor jamás se debe llegar—y que precisamente por ello está en trance de comunicarnos el secreto de las cosas. Lo dice ya en varios paisajes a los que la pintora ha puesto ese acento de firmeza que explica como antes de trasladarlos a la tela los tuvo muy hondamente sentidos en su alma.

BALDRICH.—El nombre de este artista no necesita corolarios de presentación. Su obra, por imperativo de circunstancias, se halla al margen de una tarea intelectual—exigencia ineludible de la pintura de hoy—, y su proyección se encuentra en servir de motivo decorativo. Esta finalidad que tanto cumple a un aspecto de la pintura, Baldrich la realiza con dos signos esenciales: buen gusto y buen quehacer, y en ello radica el mérito que tiene. Cumplir con buen signo una misión libremente elegida, necesaria y bien aceptada es un excelente resumen.

M. SANCHEZ-CAMARGO

—No, no me ha contado nada—replicó Patricia—. Lo que ocurre es que yo estaba con ella y con Robin "el Murciélago" cuando vinieron aquí, la otra noche, y sentí una gran curiosidad sobre estas bodegas. Pero Cora no sabe nada de todo esto.

Jennings le dirigió una intensa y escrutadora mirada.

—¿Y por qué sintió usted curiosidad por las bodegas? ¿Por qué exactamente?

—Por la actitud de la vieja—repuso Patricia.

—¿Y no notó la señorita Prince tal actitud?

—Estaba demasiado preocupada para darse cuenta de nada.

—¡Hum! Lo dudo, lo dudo.

—¿Es que no van a dejarnos libres las manos?

—preguntó Garfield.

—De ningún modo. No tengo confianza en ustedes—hizo un movimiento para dirigirse a la puerta—. Ya les haré saber más tarde lo que haya de ser de ustedes—antes de que cerraran la puerta le oyeron dar unas cuantas rápidas y precisas órdenes—. Fenton, vaya usted a buscar inmediatamente a Dobson, Smith y Newman. Todas las cajas que

LABRA. — Circunstancias propicias nos han permitido seguir la obra de este artista tan sinceramente entregado a la pintura. Recordamos haber visto de Labra una bella colección de cuadros que expuso para un grupo de amigos en su alto estudio de La Coruña muy cerca del mar. Junto a los lienzos vimos esos apuntes, bocetos y estudios que tanto ayudan para conocer propósitos y voluntades. La exposición, en su casi totalidad, estaba dedicada al abstractismo. Recordamos que parte de su apartamiento de lo figurativo obedecía a un impulso de pureza religiosa. Deseaba conseguir la expresión mística con un supremo pensamiento de línea y color en libertad. La honda sensibilidad de Labra daba a sus concepciones esas características que tanto perseguía; aunque su espíritu no se hallaba satisfecho. ¿Por qué?

Ha pasado el tiempo, y ahora, en la sala del Ateneo, ha hecho una manifestación de su última obra. Si entonces Labra pasó a formar en la lista íntima de nuestras preferencias con esta exposición, ocupa en ellas un lugar muy destacado. Su producción expuesta denota el esfuerzo, la seriedad, la profunda hon-

Noticia y crítica de ARTE

redez—en tiempos fáciles a la trampa—de este artista que ha pasado el tiempo desde aquella primera visita entregado a buscar en sí mismo otras razones de expresión. Y en esta muestra ha cambiado de ideario en aquellas motivaciones que tienen como fin el tema religioso. No ha podido sustraerse a la atracción de las figuraciones evangélicas y con ese conocimiento que presta al pintor el cultivo del abstractismo—todo pintor debía tener como piedra fundamental de toque una etapa abstracta—su obra posee una densidad, una hondura de concepto plástico que, ¡ojala!, tenga pronto ocasión de manifestarse en la realización, ya que nuestra temática religiosa exige la incorporación de los pintores que llegan al concepto con la sabiduría y la fortaleza espiritual con que ha llegado Labra. Si algún parentesco hubiésemos de elegir para el elogio con estas aportaciones del pintor ga-

llego, el artista elegido sería Roult; aunque la obra de Labra posee sentido más constructivo, más arquitectónico, sin dejar por ello de ser altamente expresionista. No es de extrañar por ello que haya sido un arquitecto —Fisac—quien, con todo buen acierto, prologa esta muestra tan decisiva en nuestro arte religioso, más todavía si tenemos en cuenta que el prologuista es el autor del proyecto—felizmente realizado—de un templo premiado en certamen internacional.

No es frecuente, repetimos, contemplar una muestra tan íntima, tan extensa, tan intensa y tan trascendental en el arte religioso como esta exposición de Labra que es la ofrenda de un secreto de taller que ha hecho el artista para los que saben degustar el arte en todos y cada uno de sus procesos. Y en que el creador suele tener más recatado es este íntimo—que descubre modos y maneras—y que Labra, con seguridad, sin vanos temores, pone al descubierto.

Otra parte tiene la Exposición: la abstracta. Acaso es aquí donde el pintor, con otro más difícil ejercicio y pensamiento, tiene su expresión más acorde con nuestra sensibilidad, y en donde se muestra más interesante, con mayor proyección imaginativa; pero este apartado queda para otra glosa acerca de este Labra, recoleto, silencioso y definitivamente pintor con todas sus consecuencias.

BENJAMÍN PALENCIA. — Nos agrada volver a hablar de este pintor exultante, que ha puesto delante de los ojos de los pobres viajeros la grandeza de la desolación de Guadalajara. Palencia ahora se ha limitado a exponer,

después de su exposición total en la sala de la Dirección de Bellas Artes, lo que se llama "obra íntima", y en este caso la frase no obedece a la realización de bocetos y proyectos con un guiño preconcebido y con destino cierto, sino a rápidos apuntes de mesa, hechos en el azar de los caminos, casi en los poyos de las últimas posadas. En ellos se advierte, trasciende, el aliento casi

sobrehumano que Benjamin Palencia pone después en esos oleos hirientes, de morados, violetas o cadmios en que nos sorprende con el esqueleto de la geología española, que sigue siendo geología incluso en los tipos y en los objetos. Exposición íntima, recatada y precisa para todos aquellos que conocen la obra grande de este pintor. En este muestrario es necesario antes co-



El pintor José María Labra, junto a una de sus últimas obras.

Hace unos treinta y cinco años, en Hoboken (Estados Unidos), había un boxeador que usaba el nombre profesional de Marty O'Brien. Era un gran muchacho, cordial y sincero, y entre sus amigos había un joven cantor, por entonces en la iniciación de su carrera artística: Bing Crosby.

Marty O'Brien se casó y tuvo un hijo, que era demasiado débil para seguir la carrera del padre, y que demostraba gran afición a la música. Marty escribió a su viejo amigo: "¿Podías ayudar al muchacho?" Bing así lo hizo. El

hijo de Marty estudió, y con el tiempo llegó a ser cantante profesional. Se llama Frank Sinatra.

Cuando nace el canguro, mide unos dos centímetros y medio, alrededor del tamaño de una avispa. Un canguro adulto da saltos de nueve metros y puede soportar este esfuerzo durante kilómetros y kilómetros. Es capaz de recorrer 80 kilómetros en línea recta. El caldo de cola de canguro es muy apreciado por los aficionados a la buena cocina.

hijo de Marty estudió, y con el tiempo llegó a ser cantante profesional. Se llama Frank Sinatra.

Cuando nace el canguro, mide unos dos centímetros y medio, alrededor del tamaño de una avispa. Un canguro adulto da saltos de nueve metros y puede soportar este esfuerzo durante kilómetros y kilómetros. Es capaz de recorrer 80 kilómetros en línea recta. El caldo de cola de canguro es muy apreciado por los aficionados a la buena cocina.

Hace unos treinta y cinco años, en Hoboken (Estados Unidos), había un boxeador que usaba el nombre profesional de Marty O'Brien. Era un gran muchacho, cordial y sincero, y entre sus amigos había un joven cantor, por entonces en la iniciación de su carrera artística: Bing Crosby.

Marty O'Brien se casó y tuvo un hijo, que era demasiado débil para seguir la carrera del padre, y que demostraba gran afición a la música. Marty escribió a su viejo amigo: "¿Podías ayudar al muchacho?" Bing así lo hizo. El

hijo de Marty estudió, y con el tiempo llegó a ser cantante profesional. Se llama Frank Sinatra.

Cuando nace el canguro, mide unos dos centímetros y medio, alrededor del tamaño de una avispa. Un canguro adulto da saltos de nueve metros y puede soportar este esfuerzo durante kilómetros y kilómetros. Es capaz de recorrer 80 kilómetros en línea recta. El caldo de cola de canguro es muy apreciado por los aficionados a la buena cocina.

Hace unos treinta y cinco años, en Hoboken (Estados Unidos), había un boxeador que usaba el nombre profesional de Marty O'Brien. Era un gran muchacho, cordial y sincero, y entre sus amigos había un joven cantor, por entonces en la iniciación de su carrera artística: Bing Crosby.

Marty O'Brien se casó y tuvo un hijo, que era demasiado débil para seguir la carrera del padre, y que demostraba gran afición a la música. Marty escribió a su viejo amigo: "¿Podías ayudar al muchacho?" Bing así lo hizo. El

MUNDO Ligero



ALEGRIA Todo en esta fotografía es luminosidad y alegría. El ritmo de la musiquilla del tiovivo, que, naturalmente, no se oye; la sonrisa de la amazona verbenera; el ágil galopar del caballo de cartón, cuya suerte envidiarán muchos puras sangres de carne y hueso; el girar sin objetivo del carrusel. Todo es alegre y alocado en la verbena, como el galope sin rumbo del caballito, que, estamos seguros, es el que más disfruta en esta algarabía de música y risa, porque no siempre se le depara a un equino la suerte de galopar con una carga tan agradable.



SED La sed es uno de los mayores tormentos que pueden azotar a la Humanidad. El hombre, y la mujer, se lanzan a largas travesías por los desiertos de agua y de arena, y aunque las distancias hoy no existen y el riesgo de quedarse al gareta en pleno océano está eliminado por el hombre al arriar las velas de los mástiles y sustituir la fuerza de Eolo por la del gas-oil, aún quedan románticos que ensayan sobre una embarcación las aventuras de los antiguos navegantes, que veían, angustiados, agotarse el tonel del agua. Como esta mujer, por ejemplo, que después de una travesía a vela por el Mediterráneo llega sedienta a una isla y ofrece a los habitantes el espectáculo de su sed almacenada en las calmac "chichas".

Para Julio Trenas y su "Café de Platerías".

Vuelve la costumbre y la leyenda de los viejos cafés. Siempre los veladores, la luna de los espejos y el rojo peluche animaron esos ensueños comunes, esa discusión en compañía, y ese hacer el tiempo palabra y humo, que las tertulias son. No es cierto, como irónicamente se ha dicho, que todas las cosas se hayan pretendido arreglar desde los cafés; lo cierto es que se arreglaron, o se creyeron arreglar, lo que resulta todavía más hermoso, porque encierra ilusión y fe. Justo lo que anima el diálogo junto a las blancas losas donde duermen las bebidas un sueño preñado de promesas.

Mi café alberga un mundo fantástico y mezclado, que encuentra en él unidad y respuesta. Varlos médicos, un pintor, dos o tres escritores, un músico que no se atreve a confesarnos que lo es porque posee el más divino de los pudores; el pudor con melodía. El pintor lleva sus obras al café y los médicos se reúnen en torno como en una consulta. Se escuchan opiniones inesperadas. "Ese retrato tiene un tinte subzitérico", "Esa nariz tiene el inguís desviado". En realidad, los médicos aciertan siempre en su crítica, porque la crítica de arte debiera ser eso y sólo eso; puro diagnóstico.

El café se rejuvenece con esta mezcla de óleo y patología, en cuyo fondo, como un "lied" no cantado, suena siempre la timidez del músico. Los médicos cuentan historias bárbaras de locos y hospital. Entonces el pintor habla de que él solicitó en París permiso para pintar en la Salpêtrière, y que le hubiese gustado retratar a Charcot sobre un fondo convulso de histerias y paranoias. Sólo aquí se puede hablar de este modo, porque los cafés tienen siempre un aire irreal, que transforma la realidad en fantasía. Los médicos hablan, exaltados, de bacilos y dolencias, recitando sin darse cuenta la poesía del dolor. Acaso de toda la tertulia sean los más fantásticos estos médicos que beben alcohol, olvidando las recetas, y que dejan sobre las altas sillas del bar sus esfigmotensiómetros, redondos, como relojes que contasen los segundos de las arterias.

Yo no es diré dónde está mi café. Pero, en la actualidad menuda de cada día, he querido traerle por aquí como el ejemplo más actual. Como el sueño, que, por media hora, hace olvidar a un grupo, vario y ciudadano, penas y afanes, merced al influjo sutil y maravilloso de un viejo sofá.



(Dibujo de Goñi.)



DEPORTE Esta guapa y sonriente joven es una estrella del patín que se prepara para dar una exhibición de patinaje en Londres. Ella ha manifestado que sus mayores emociones las experimenta cuando se desliza, rauda, sobre la pista. Se siente ingrata de los patines para deslizarse por la vida pletórica de euforia y de felicidad. Creemos, y estamos seguros de que ustedes también lo creerán, que tiene suficiente con su cara, con su sonrisa y con su fotografía, cuando la patinadora permanece estática y no ha sentido aún en su cuerpo el vértigo de la pirueta, es fácil imaginarse la belleza y luminosidad que alcanzará su rostro después que se haya sentido acariciada por el aire arremolinado que su grácil cuerpo revoluciona a su alrededor y que la perseguirá en sus vueltas y deslizamientos acrobáticos como quien persigue a una mariposa por el campo. Agradecemos al ansia deportiva de nuestra juventud el que nos haya proporcionado este ejemplar tan maravilloso que, aun inmovilizado por el verofijador, nos da una sensación tan perfecta de gracia y de eurtimia.

Madr
EL
FU
¡lo v
LA GRA
TA, INT
TO
Y
Direcc
EL PRO
PEDIDA
RE
Ar
CU
C
LA P
EL LO
El hecho
España siga
gar adecua
manifestaci
el coro de l
nan en esto
Carlos III c
Pero, com
sobre tan
duce a nin
ca, nos il
que la form
mentamos
te sentido,
te. Un esc
un "foso"
nes, y el L
hubiera res
más.
A pesar
los resulta
ras sesion
ballet que
celones lle
constituir
el program
sentación
de lo romá
derno— tu
tes elemen
se cuenta
ciplina y
conjunto
Imperati
al apunte
"Las sifri
to de Ton
ca— el v
tejano ya
trices stra
liz interpre
Anita Lar
"El cine
thalia Kra
una ovaci
y, finalme
"Sinfonia
la "Sinfon
D. Gillis—
presividad
ney con
fortuna.
ma, el "C
bre el de
por Dichil
fases fue
miento a
Gilpin. E
ness", de
nuestro
tervencio
relieve.
Michael
tro cine
de gracia
gravidéz
y Munro
Lyndo
conjunto
freciero
e buen
"lujote"
la vesti
waka y
bron la
andose